

El ultimo Flavio:

Un reinado de contrastes...

PABLO RODRÍGUEZ VALDÉS

IES ARAMO. 1º Bachillerato

El tiempo corre, vuela. A cada minuto que pasa me voy haciendo más viejo y débil. A cada minuto que pasa, me encuentro más cercano al oscuro sendero que los dioses han escrito que sea mi destino. Un destino incierto con un único final posible, la muerte. Mi nombre es Braulio, y ya no temo a la negra Parca. Temo el camino que me lleve hasta ella por unos actos que cualquiera en mi situación hubiera cometido, el asesinato del Dominus et Deus, Maximus Pontifex Romanus, el emperador Domiciano, hermano del gran Tito. Un emperador loco, déspota y asesino, indigno hijo de Vespasiano e indigna cabeza de Roma, juguete favorito de la guardia pretoriana, siempre con doradas monedas entre los rechonchos dedos. Y es precisamente esa guardia la que ahora me busca para darme muerte, una muerte atroz como nunca un príncipe haya sufrido. Durante años me he visto obligado a ser esclavo, ladrón, asesino, gladiador, comerciante, soldado y mayordomo, ocultando mi ascendencia real desde que fui apresado en las costas de mi amada Grecia, hace ya veintisiete largos años. Desde entonces, he amado y he odiado, he sido feliz y desdichado, y completamente consciente de mis palabras, me dispongo a contar parte de mi historia, la historia que concierne a los últimos quince meses...

- Roma, finales del 94 d.C. Domus Flavia.

Hemos de tener cuidado, Partenio me ha mandado aviso esta mañana. La víbora de Domicia Longina no participará en la conjura, pero de momento tampoco piensa denunciarnos a su marido. Otro error como este podría costarnos la cabeza a nosotros y a todo el pueblo de Roma. Solamente hace dos meses que la venganza contra el emperador está en marcha, y son ya numerosos los ciudadanos que se han unido a nuestra causa, entre otros varios oficiales del ejército. Pronto, Roma se verá libre de la presencia de ese loco con aires divinos, incapaz de sentir un mínimo de piedad por el gran Tito, reunido ya con los demás dioses.

Pero no puedo seguir pensando en la conjura ahora, se acerca el momento en el que el palacio vuelve a la vida, cuando Febo Apolo ilumine las majestuosas colinas de la ciudad. Hoy, como todos los días durante los últimos tiempos, el emperador y su séquito se dirigirán al anfiteatro Flavio para observar las luchas de gladiadores, una de las pocas cosas buenas que Domiciano hace por la cultura.

... Los combates han sido magníficos, el público entero ha vibrado de emoción, sobre todo cuando uno de los gladiadores fue condenado a morir devorado por las bestias en castigo a su infracción, fingir su muerte para atacar a traición a su oponente. El emperador se encuentra de buen humor, por lo que no creo que hoy veamos más sangre en palacio. Con suerte, quizá esta tarde pueda

descansar un rato y olvidarme por un momento de mi situación. El emperador sospecha de mí. Últimamente, cada vez que me reclama ante su presencia, siempre le acompaña uno de sus incompetentes soldados, una medida de seguridad que nunca antes había tomado. Aunque también es cierto que nuestro señor se ha vuelto demasiado paranoico con este tema, ya que ha ordenado instalar espejos por todas las salas de palacio para evitar que alguien se acerque a él sin que lo advierta. Ni siquiera su bella esposa puede reunirse con él como lo hacía antaño. Nadie está a salvo de los desvaríos del emperador, y cuanto antes acaben, mejor será para el pueblo romano.

- Roma, unas horas más tarde, anfiteatro Flavio.

Las sombras del crepúsculo avanzan por las callejuelas de la ciudad, y una sombra alargada se expande desde la oscuridad para tomar la forma de un anciano. Su túnica bordada y su aspecto cuidado delatan su posición de mayordomo de palacio. Partenio llega a la parte trasera del gran coliseo, donde se ha dado cita con uno de los conjurados, un preparador de gladiadores que tiene demasiadas cuentas que ajustar con el emperador.

-Llegas tarde, mayordomo. Tiempo no es precisamente lo que me sobra, cualquiera podría verme aquí y desatar los rumores más estúpidos del mundo, unos rumores que no nos favorecerían en nada.

-No creo que debas de preocuparte por eso, Marco. Nadie se aventura por aquí salvo los borrachos y las prostitutas, y aún es temprano para que unos beban, y otras trabajen.

-Me da igual lo que pienses, viejo. Solamente vengo a traerte un mensaje. –Un hombre alto y fibroso, de unos treinta años aproximadamente, avanzó hacia Partenio con paso rápido. Su pelo ralo y sus ojos acerados hablaban por sí solos de un pasado militar.- Mis chicos estarán preparados cuando llegue el momento. No tendrán dudas a la hora de blandir la espada, les da lo mismo matar a un emperador en sus aposentos que a un gladiador en la arena, solo y cuando el encargo esté bien pagado.

-No te preocupes amigo, los gladiadores tendrán su parte. Ya hablaremos de dinero cuando todo esto haya pasado. Lo que debe de preocuparte ahora es el camino a seguir. Algunos soldados leales a la causa han investigado la Cloaca Máxima, pero no han encontrado ningún pasadizo que conduzca a las estancias del palacio, todos han sido tapiados.

-¿Entonces cómo piensas llevar a cabo la empresa? El palacio es el único sitio en el que Domiciano se encuentra más vulnerable. Maldita sea Partenio, me juego mucho en esta empresa.

-No eres el único que se juega el cuello, Marco. Yo también apuesto mucho, y no puedo permitirme perder. No te impacientes, hallaremos una solución, solo hace falta un poco más de tiempo.

-¿Tiempo para qué? ¿Para qué llegue a oídos de ese demente la conjura que se cierne sobre él? ¿Para qué sus hombres nos apresen y nos torturen hasta que no sepamos ni quienes somos?

-Tiempo para descubrir su punto débil, para asestarle la puñalada donde más le duela y de donde menos se la espere. Tiempo para eso amigo mío. No te preocupes, muy pronto, Roma será libre y grande como en los tiempos del gran Augusto. Muy pronto, la venganza será llevada a cabo y Marte Ultor nos cubrirá de gloria eterna.

-Te doy dos meses más para encontrar una solución, pasado ese tiempo mis chicos y yo nos desentenderemos de este plan y actuaremos como si nunca nos hubiéramos conocido, Partenio.

-Bien, dos meses serán suficientes para encontrar otro pasadizo. Hasta entonces, no volveremos a reunirnos. Que los dioses sean tu guía y te protejan de los infortunios.

-Lo mismo digo, compañero. –Esas serían las últimas palabras que el antiguo general Marco, de la décima legión, dirigiría al viejo mayordomo de palacio. Aunque ellos aún no lo supieran, su destino acababa de fraguarse en esa reunión. Un destino incierto y caprichoso que las Parcas habían tejido con maliciosa alegría.

El viejo ciudadano romano aceleraba el paso por las oscuras callejuelas romanas en el mismo momento que el emperador Domiciano volvía a rechazar a su esposa. Ya no se imaginaba yaciendo con ella desde que había disfrutado del joven y virgen cuerpo de su sobrina Julia. Lástima que hubiese muerto junto a ese bebé no nato. El emperador se levantó de su camastro y salió por las doradas puertas sin mirar atrás, perdiendo así la oportunidad de percatarse de la oscura mirada que Domicia Longina le dirigía. Tal vez, si el Dominus et Deus hubiese girado la cabeza, las cosas no hubiesen sido como fueron. Tal vez, si hubiese consentido en yacer con ella, la emperatriz más poderosa del mundo no hubiese aceptado tomar parte de la conjura...

Otro día amanecía, un día más que los dioses inmortales consentían que la humanidad siguiese viva. La emperatriz, dignamente, recorría silenciosa los pasillos del palacio Flavio cuando solamente la guardia pretoriana osaba interrumpir el silencio que precede al despertar. Se detuvo ante una puerta de madera tan corriente y anodina como las demás, pero que las apariencias no engañen, no era una puerta más de los numerosos sirvientes de los que el emperador disponía, era mi puerta. Recuerdo que esta se abrió

silenciosamente dando paso a la mujer, que sin esperar a que me levantara de mi lecho, comenzó a hablar.

-Recuerda este día viejo. Recuérdalo como el día en que la descendiente del divino Eneas osó traicionar a su marido. Un día aciago para mi linaje, pero la mejor de las noticias para un imperio medio en ruinas.

Antes siquiera de que me diera tiempo a reaccionar, la mujer había salido tan rápido como había entrado. Su rizada melena volvió a perderse por los largos corredores del palacio, borrando toda huella de su presencia.

- Roma, primeros de septiembre del 96 d. C.

Hoy es el gran día. Un día que llevo esperando demasiado tiempo. Por fin podré descansar en paz tras librar al mundo de ese desgraciado. Pero hay que extremar las precauciones. La ciudad bulle intranquila por los augurios de esa estúpida fracasada que se hacía llamar adivina, habiendo osado profetizar al emperador la fecha de su muerte. También cuentan que hace unas noches Domiciano tuvo una visión en sueños en la que la divina Minerva le despojó de su protección, dejándolo completamente vulnerable al rayo del gran Tonante.

Aunque mejor sería que dejara de preocuparme, nada saldrá mal. Hace un año que Domicia Longina nos mostró un pasadizo secreto que conduce directo a los aposentos conyugales, y los gladiadores ya se encuentran allí esperando el ansiado momento. Además, tenemos espías y colaboradores por toda la Domus Flavia. Lo que entristece tan bello día es la falta del general Marco, hace demasiado tiempo que no se de él, la última noticia que tuve fue que había ido a Hispania a visitar a su moribunda madre. Es una lástima que no se encuentre aquí para asestar la puñalada, pero de eso me encargaré yo. Seré yo, Braulio, servidor de palacio y mayordomo privado del emperador, quien asesine al hombre más poderoso de Occidente en su propia cama, como venganza por haberme arrebatado aquello que yo amaba... a la joven y hermosa Julia. Era tan inocente, y tan bella. Era como una temprana flor de primavera, a la que un repentino viento otoñal arrebató la alegría convirtiéndola en la desdichada y sumisa sobrina del emperador. Cada vez que pienso en la manera en la que su tío se deshizo de lo que con su lujuria había provocado, la bilis amenaza con corroerme por dentro y corre por mis venas el deseo de vengarme. Ya falta poco Julia, la venganza está a punto de completarse...

La audiencia ha terminado. El emperador ha esperado a que el sol pasase del mediodía para atreverse a salir de la sala del trono. Lo que no sabe es que el esclavo le ha engañado. Tal y como predijo la adivina, el gobernante de medio mundo morirá al mediodía de este día de septiembre, y nada ni nadie podrá evitarlo. Recuerdo con extraña nitidez el momento justo en el que Domiciano se levantó del trono imperial y sin esperar a la guardia se dirigió velozmente a sus

aposentos. Recuerdo el piar de los pájaros en los grandes jardines, el agobiante calor que provocaba que se me pegara la túnica a la piel y el sonido amortiguado de mis pisadas en los largos corredores. Seguí al emperador y entré detrás de él en la habitación. La gran cama con dosel ya se encontraba hecha y la emperatriz esperaba a su marido sentada dignamente en una gran silla de recto respaldo. Domiciano no prestó atención a su mujer e intentó abrir la puerta al final de la estancia, esa que conducía a su despacho privado. Pero la puerta no se abría y el Dominus et Deus se quedó quieto esperando una explicación.

-Por ti y tu egoísmo he sufrido el rechazo de un buen marido, la pérdida de mi único hijo, el exilio y la deshonra de verme lejos de mi casa y la muerte de mi amada sobrina, víctima de los desvaríos de un loco. Por no hablar de tus escarceos amorosos con esas vulgares cortesanas. Pero eso va a acabarse, mañana a estas horas, querido esposo, seré la viuda del último emperador Flavio.

La emperatriz, que se había levantado mientras hablaba, se colocó apoyada en un gran fresco de la diosa Flora. Disimuladamente, empujó uno de los ladrillos y la mitad del muro se desplazó hacia atrás, dejando ver a un grupo de cuatro gladiadores completamente armados.

-¿Qué significa esto Domicia? ¿Cómo osas traicionarme, a mí? ¡Yo! El mayor emperador que Roma haya conocido jamás.

-No te lo tomes como una traición cariño, sino como un ajuste de cuentas. Gladiadores, acabad con esto cuanto antes. –La digna mujer se dio lentamente la vuelta, abandonando así a su marido en manos de los conjurados.

-Esperad. Quiero que la primera puñalada que ese histérico sienta sea la mía.- Las palabras salieron de mi boca sin que me diera cuenta, y fue entonces cuando Domiciano se percató de mi presencia. La incredulidad se reflejaba en sus ojos, y mi mano se abalanzó velozmente contra su pecho. Pero el desgraciado de él consiguió rodar a tiempo, provocando que el puñal le acuchillara la pierna y haciéndole gritar como un cobarde. En ese momento los gladiadores se abalanzaron sobre el león herido con vehemencia, justo cuando la puerta se desplomaba por los envites de la guardia pretoriana. Antes de que el polvo se disipara, escapé por el pasadizo cerrándolo a mis espaldas, sin mirar atrás. Los gritos de los combatientes y el sonido de las armas chocando me confirmaron la encarnizada batalla que estaba teniendo lugar en los aposentos del último emperador Flavio, un emperador que yacía muerto en el suelo, con el corazón atravesado por un puñal dorado.

Los ruidos en la puerta cada vez suenan más fuertes, la guardia pretoriana se impacienta. Saben que estoy aquí, y no pararán hasta darme muerte. Ya nada importa, Domiciano está muerto, mi venganza se ha cumplido y con suerte, los

dioses y el Senado sentarán en el trono imperial a un digno emperador de Roma. La puerta ha caído, y las pisadas de los soldados se oyen subiendo las escaleras. Solo pido a Júpiter que sea rápido y que me permita reunirme pronto con mi amada Julia. Solo eso...